

Jayne County

**MAN ENOUGH
TO BE
A WOMAN**

Con Rupert Smith

Colectivo Bruxista 

Título original: **Man Enough to be a Woman.**

Primera edición: Mayo de 2022

© Jayne County con Rupert Smith, 1995

© de la imagen de cubierta, Chalkie Davies, 1979

© del epílogo, Jayne County, 2021

Diseño de colección: Adela Domínguez

Corrección: Alejandro Alvarfer, Alejandro Saralegui y Violeta Serrano Ayuso

© de la presente edición, Bruxismo Ediciones, S.L., 2022

Colectivo Bruxista



ISBN: 978-84-123420-5-5

Depósito Legal: AS 01299-2022

Impreso en Villena Artes Gráficas

Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización de los editores.

En memoria de Tara O'Hara

1. Un niño mariquita

Me crié en Dallas (Georgia), un pequeño pueblo rural a unos sesenta kilómetros de Atlanta, en una casa de madera de cuatro habitaciones con cuarto de baño en el porche de atrás, un jardín trasero con ciruelos, y campanillas y petunias en la parte delantera. Uno de mis primeros recuerdos es de mi madre sujetándome encima del fregadero para sacarme una solitaria de la boca. La lombriz fue trepando desde mi vientre hasta la garganta, y la vomité. Tendría unos cuatro años.

De pequeño me sentaba en el porche de atrás con mi abuelita Calah para ver pasar los trenes y contar el número de vagones de cada tren. Hacíamos apuestas sobre cuántos vagones habría y los contábamos en voz alta. Mi familia estaba formada por mi padre, mi madre, mi hermano pequeño Josh, dos años menor que yo, mi abuelita Calah y mi tía Laverne. Habían venido a vivir con nosotros porque el padre de mi madre era alcohólico y era imposible vivir con él, se estaba volviendo loco de verdad. Mi abuela le daba dinero para hacer la compra y él volvía con una bolsa de patatas fritas y doce botellitas de saborizante de vainilla. En Paulden County, el condado donde vivíamos, no se vendía alcohol en las tiendas, así que mi abuelo se bebía las botellas de saborizante de vainilla y de disolvente de pintura.

Nuestra casa estaba pegada a otras casas de madera de cuatro habitaciones; lo que hoy llamaríamos viviendas de protección oficial. En la casa de al lado vivía Ruth, la amiga de la infancia de mi madre, con la que solía escuchar discos de las Andrews Sisters en los años cuarenta. Después estábamos nosotros. Siguiendo por la roja y polvorienta colina estaba la

familia Graham, que no paraba de soltar tacos todo el día, y en la siguiente casa vivía la señorita Morgan, que no estaba casada y tenía unas diez hijas. Martha y Jenny-Sue Morgan eran mis compañeras preferidas de juegos, y siempre jugábamos a cosas de niñas. Me ponían sus vestidos y blusas y nos metíamos calcetines debajo de la blusa para que parecieran tetas, y luego nos tocábamos las tetas falsas unas a otras. Cuando le hablé a mi madre de este juego me dio un tortazo. «Eso está muy mal y es horrible», dijo. «¡No lo hagas nunca más!».

Fui lo que en el sur se llama un niño mariquita, una nena. No sé si fue por mi entorno, por las hormonas de mi organismo o por las dos cosas. A mi madre le inyectaron grandes dosis de estrógeno mientras estaba embarazada de mí porque tenía un desequilibrio hormonal hereditario. Pero sin duda mi entorno también tuvo algo que ver, porque crecí prácticamente rodeado de mujeres. Vivía con mi madre, tía Laverne y la abuelita Calah, y jugaba con las niñas Morgan y con mis primas Pearl y Millie, hijas de Vivien, la hermana de mi madre que vivía también en Dallas, cerca de nosotros. Yo solía andar por casa con viejos vestidos de mi abuela, y jugaba con muñecas. Me sentía muy cómodo en aquel ambiente femenino. Mi abuela solía decir: «Wayne tendría que haber sido chica, y Pearl tendría que haber sido chico». Pearl era muy marimacho, y nos intercambiábamos los juguetes. Ella siempre quería jugar con un guante de béisbol que me había regalado mi padre, y yo quería sus muñecas.

Mi padre no lo entendía, pero no decía nada. Era contable en las oficinas de Chevrolet de Atlanta y no pasaba mucho tiempo en casa. Se levantaba a las seis de la mañana para ir a trabajar, y no volvía hasta las siete u ocho de la noche. Solía llegar muy cansado, así que cenaba cualquier cosa y se acostaba. Mi hermano Josh y yo estábamos esperando a que volviera a casa, y cuando llegaba nos subíamos al sofá y nos

poníamos a saltar encima de él. Pero estaba tan cansado que nos apartaba con el brazo. Era como un extraño en la casa, un hombre que entraba y salía; no tenía tiempo para sus hijos, y era incapaz de mostrar sus emociones. Lo habían educado así.

Los fines de semana papá iba a jugar al póker con sus amigotes, o salía a pescar. A veces nos llevaba a pescar con él, pero a mí no me gustaba nada. Una vez se me enganchó el anzuelo en un dedo, y para quitármelo tuve que arrancarme un buen pellizco de carne. Y siempre me hacía cortes en las manos con las aletas de los peces. Para poner cebo de gusanos en el anzuelo había que ensartar el gancho por un lado del gusano y pasarle el cuerpo entero. Cuando los hombres pescaban un pez pequeño no lo tiraban de nuevo al agua, sino que lo sacaban del anzuelo y lo arrojaban hacia atrás. La orilla estaba llena de peces muertos pudriéndose, y el olor era asqueroso.

Mi hermano Josh tenía muchos amigos, todos niños, que solían venir a jugar a casa. Yo a veces me unía a ellos, pero en vez de jugar con pistolas hacía pasteles de barro y los horneaba en una cocinita que tenían Pearl y Millie en su casa de muñecas. También jugaba a indios y vaqueros, pero siempre era la princesa india; solía anudarme una camiseta en la frente como si fuera un turbante.

De vez en cuando le decía a mamá que quería ser niña, y ella tenía que recordármelo: «Tú eres un niño, Wayne». Yo respondía: «No, soy una niña. Soy como Martha y Jenny-Sue». A medida que crecía cada vez sentía más deseos de ser una mujer. Sé que puede sonar absurdo, pero al rezar mis oraciones siempre añadía para mis adentros: «Ah, Dios, y que me despierte convertido en una mujer, por favor». Cuando iba al cine y veía al actor principal besando a la protagonista, yo siempre era Lana Turner o Marilyn Monroe. Siempre me identificaba con las mujeres, nunca con los hombres. Era yo la que besaba a esos hombres. Cuando miraba a un hombre siempre

lo hacía desde el punto de vista de lo guapo y atractivo que fuera. Nadie conocía expresiones como «gay» o «transexual» en aquel pueblecito de once mil personas, con un solo semáforo. Sabían lo que era un niño mariquita, y sabían que yo lo era, pero no lo veían con malos ojos ni con odio. Dallas no era un lugar muy sofisticado. Cuando nuestros primos del campo venían de visita, papá los llevaba al centro del pueblo para que alucinaran con el único semáforo que había. Cuando cambiaba de color gritaban: «¡Hala, qué bonito!».

Hasta que empecé a ir al cole no me di cuenta de que era distinto a los demás. Para empezar, estaba el problema de la ropa. Me llevé una gran decepción cuando tuve que ponerme uniforme de chico para ir al cole. Y enseguida empecé a enamorarme de otros niños. La primera vez fue a los seis años con mi primo David, que también tenía seis. Le dije a mi madre: «Me gusta mucho David, porque me parece muy bonito». Ella se lo contó a la madre de David y las dos se rieron.

La otra cosa importante que hubo en mi primera infancia fue el rock and roll. Tendría unos cinco años cuando mi madre me prometió que el conejito de Pascua me iba a traer un tocadiscos. Recuerdo que me levanté la mañana del domingo de Pascua, abrí mi cesta, y ahí estaba: un pequeño tocadiscos de plástico rosa con unos discos de plástico amarillo chillón en los que venían canciones de cuna. Pero yo no quería esos discos. Lo que quería eran las canciones que sonaban en *American Bandstand*¹. Mi tía Laverne era muy rocanrolera, y fue ella quien me descubrió a Jerry Lee Lewis. Laverne solía llevar cola de caballo y calcetines tobilleros blancos, y a veces me vestía de chica; me ponía un pañuelo en la cabeza y bailábamos por la habitación. Yo tenía una cuerda de saltar roja con pequeñas asas de madera, y cuando ponían *American Bandstand* en la

1 Programa de TV con actuaciones musicales que duró de 1952 a 1989.

tele hacía un baile con la puerta, enrollándome la cuerda alrededor de la cintura y bailando el jitterbug².

Mi abuela trabajó durante un tiempo en el Graham's Café, en el centro de Dallas, y en el café había un jukebox. Recuerdo oír allí «Great Balls of Fire» de Jerry Lee Lewis y también esa gran canción de Jody Reynolds sobre el suicidio, «Endless Sleep». Solíamos ir en el coche oyendo la emisora de rock and roll, y mis padres hablaban de Jerry Lee Lewis y de la forma en que movía el pelo, que a mi madre le parecía un poco demasiado. Nos encantaba Elvis, y escuchábamos a los Moonglows y a las Chantels —«Mírame a los ojos y dime que me quieres³»—. Mis padres no eran muy aficionados al country. De vez en cuando sintonizaban alguna emisora country, y ahí escuché algo de Hank Williams, pero mi madre, mi tía Laverne y casi todos nuestros vecinos eran rocanroleros. El rock and roll estuvo muy presente cuando mi identidad sexual se empezó a formar. Y claro, eso es lo que salió: una transexual rocanrolera.

Cuando yo era pequeño mi padre no ganaba mucho dinero, y el vecindario en el que me crie era bastante lumpen. Detrás de nuestra casa de madera había un patio, y un poco más allá había una hondonada donde todo el mundo vaciaba la basura. Uno de nuestros juegos favoritos era saltar por encima de ella, y un día caí sobre una botella rota y casi me quedo sin pie, porque por supuesto jugábamos descalzos, como todos los niños. Tuve que ir al hospital para que me dieran puntos. En casa nunca íbamos con zapatos, salvo en invierno. Y al cole también íbamos siempre descalzos, hasta que pusieron una norma que obligaba a ir con zapatos. Muchos niños se llevaban buenas broncas por no ir al cole calzados. A nuestro cole iban niños muy campestres que se dedicaban a recoger

2 Estilo muy enérgico y acrobático con el que se bailaba swing en los años treinta.

3 «Look in My Eyes» (1961).

algodón; solían llevar un peto con lápices asomando por los bolsillos, el pantalón recogido y el pelo demasiado largo, e iban siempre descalzos. Sus padres eran «basura blanca», gente tan humilde que ni siquiera cortaba el pelo a sus hijos.

Un poco más arriba de nuestra casa había un café, el Twin Pines Café, Bar & Grill, donde paraban los camioneros a comerse una hamburguesa. Antes de morir, mi abuelo solía darme cinco centavos para que fuera allí y me tomara una Royal Crown Cola. Lo que más nos gustaba era comprar una botella de Royal Crown Cola y un paquete de cacahuetes, porque así vaciábamos el paquete dentro de la botella y nos lo tomábamos todo junto. Ese fue uno de los entretenimientos de mi infancia en Dallas, Georgia, además de tragarme solitarias y cortarme el pie jugando en la hondonada. También solía jugar con un hacha pequeña. Un día estábamos Josh y yo en el patio de atrás haciendo pedazos una lata de metal, imaginándonos que era un bebé. Yo gritaba: «¡Que alguien salve al bebé de Josh, por favor!» mientras daba hachazos a la lata. Josh estiró la mano para cogerla y el hacha le cayó sobre el meñique. Se quedó ahí quieto con el dedo colgando, y yo salí corriendo y me escondí en un campo de maíz. Llevaron a Josh al hospital y consiguieron coserle el dedo, pero yo estaba tan aterrado que me quedé allí escondido toda la noche.

En el patio de atrás teníamos ciruelos, y en verano recogíamos ciruelas para que mamá hiciera mermelada. A la izquierda de la casa teníamos un pequeño terreno en el que plantábamos tomates y oca. Todo el mundo plantaba verduras de algún tipo en su jardín, aunque no fueran más que unos pepinos. A día de hoy mis padres siguen teniendo un jardín detrás de su casa, y cuando voy a visitarles salgo al jardín y recojo oca, tomates, porotos, guisantes y judías verdes. Para ellos sería inconcebible vivir en un sitio donde no pudieran plantar alimentos.

En la parte de atrás había una pila de carbón con la que se cocinaba y se calentaba la casa. En el salón teníamos una estufa negra abombada, y por la mañana había que rellenarla y avivarla para poder sentarnos alrededor y tomar un desayuno muy básico de huevos fritos con tostadas, o tostadas de canela y café. Ese era nuestro desayuno favorito; la abuelita Calah nos preguntaba a Josh y a mí qué nos apetecía desayunar, y los dos coreábamos: «Tostadas de canela y café, tostadas de canela y café». Nunca tuvimos nevera; el repartidor de hielo se pasaba de vez en cuando y le comprábamos un gran bloque de hielo que metíamos en el congelador, y con eso se conservaban frescos los alimentos. Si querías ponerle hielo a la bebida cogías un pequeño picahielo, arrancabas un trocito del bloque y lo ponías en el refresco de cola o en la limonada.

Siendo yo un poco mayor, mi padre fue ascendido a un puesto importante en Chevrolet, y durante un tiempo tuvo también su propio negocio, en el que ayudaba a la gente a pedir devoluciones fiscales y a solucionar sus problemas de impuestos. Era un hombre muy inteligente. En el colegio había sacado siempre las mejores notas, y ese fue uno de los motivos por los que nunca nos llevamos bien, ya que yo era muy mal estudiante. Podía sumar, restar y hacer multiplicaciones y divisiones sencillas, pero él también sabía álgebra y geometría, podía con todo. Yo era un desastre absoluto en álgebra. Siempre suspendía. La geometría la aprobé copiando. Para cuando llegué a sexto mi padre ya ganaba más dinero, así que nos trasladamos de aquella casa de madera de cuatro habitaciones con retrete en el patio, en la zona más miserable de la ciudad, a lo que en Dallas se consideraba una casa muy bonita, en New Hope Road. Era una gran construcción de ladrillo con un gran ventanal y dos cuartos de baño dentro de la casa. Con eso pasamos de ser clase trabajadora blanca y pobre a ser más bien de clase media.

En Dallas la segregación era total. En nuestro colegio no había niños negros, e incluso ahora habrá como mucho tres o cuatro. Había un barrio negro al que me temo que llamábamos Niggertown⁴. A veces íbamos en coche por Dallas y mi madre decidía pasar por allí para atajar. Nosotros gritábamos desde atrás: «¡No, mamá, no pases por Niggertown!». Cuando lo hacía nos ordenaba que cerráramos las puertas y aceleraba al máximo, porque temía que nos atacaran. Siempre circulaba alguna historia sobre mujeres blancas que supuestamente habían sido atacadas por negros. En la zona norte, que era la parte rica y blanca de la ciudad, había una gran casa de ladrillo que pertenecía a una familia muy adinerada y tenía columnas griegas en la fachada; parecía sacada de *Lo que el viento se llevó*. Delante de esa casa había un árbol al que todo el mundo llamaba «el árbol ahorcanegros». Tenía una rama que sobresalía y subía hacia arriba. Ahí era donde se amarraba la cuerda, y ahí era donde habían sido ahorcadas personas negras. Era imponente. Al pasar en coche siempre nos quedábamos mirándolo.

Junto al juzgado había dos fuentes de agua potable. En una ponía «Blancos» y en otra «Negros», y tenías que beber de la que te correspondía. A veces, por hacer el travieso, íbamos hasta la fuente de negros y fingíamos que íbamos a beber de ella, y mi madre se ponía a gritar: «¡No, no, no bebáis el agua de la gente de color!». Nos creíamos que los negros bebían un agua distinta de la nuestra.

Mis padres nunca nos inculcaron ideas extremistas sobre los negros, como por ejemplo que fueran hijos del diablo o cosas así. Nos habituamos a pensar que los negros estaban ahí para ayudar a los blancos, planchar su ropa y limpiar sus zapatos. Sabíamos que antes habían sido esclavos, porque en el cole nos machacaban siempre con la Guerra Civil. Las únicas personas negras a las que solía ver eran de una familia

4 Algo así como «ciudad de negratas».

que vivía algo más arriba de la vieja casa de madera. Bajaban a ayudar con la plancha, la limpieza y la cocina, y yo subía a su casa y jugaba a indios y vaqueros. Para hacer la pintura de guerra cogíamos trozos de madera quemados de su pila de leña y nos hacíamos marcas negras en la cara. Recuerdo que solía reírme de los niños negros, porque a ellos no se les notaban las marcas. A veces también cenaba allí: guisantes de ojos negros, pata de jamón, lo típico. No había problema en que jugara con niños negros y comiera con ellos, pero no podíamos ir al mismo colegio o iglesia, ni podíamos beber de la misma fuente que ellos.

Tampoco nos dejaban hablar con yanquis, aunque tampoco es que hubiera muchos por allí. Poco después de mudarnos a la casa grande mi padre contrató a una yanqui de Chicago como ayudante en su trabajo de asesor fiscal, y a mi madre casi le da un ataque. Porque no solo era yanqui, sino que encima era católica. Mi madre siempre estaba gritando: «¡La Iglesia Católica es la imagen de la Bestia!», porque con el tiempo había ido adoptando creencias religiosas muy extremas y fundamentalistas. Mi padre se enfadó mucho y tuvieron una bronca tremenda. «¿Qué les estás contando a estos niños sobre los católicos?», le preguntó. Aquella mujer yanqui y católica tenía el pelo teñido de negro y la piel muy blanca, y siempre llevaba los labios pintados. A mí me impresionaba mucho. Pero mi madre jamás le habría dejado poner los pies en casa.

Con la religión no nos machacaron mucho hasta que mi madre se convirtió a una iglesia fundamentalista y extremista y empezó a sermonearnos a todas horas. De pequeños siempre habíamos ido a misa los domingos, sobre todo a iglesias rurales como la Iglesia Baptista del Monte Sión o la Iglesia Baptista del Monte Nebo. En la familia de mi padre eran lo que se conocía como Baptistas del Lavatorio, y todos los años celebraban una ceremonia en la que las mujeres lavaban los

pies a los hombres como símbolo de subordinación. Solían ser pequeñas iglesias de madera, pero cuando conseguían algo de dinero las convertían en iglesias de ladrillo con campanario. Recuerdo ir a la iglesia para comer sandías; a veces sacaban un montón de sandías, las cortaban en grandes rodajas y las ponían sobre largas mesas para que todos nos sentáramos y comiéramos.

Cuando nos mudamos a la iglesia de ladrillo, mi madre decidió que teníamos que ir a la Primera Iglesia Metodista, que estaba un poco más arriba en el escalafón. La concurrencia era más fina. Mi madre se hizo metodista cuando yo tenía unos doce años, y empezamos a ir a la catequesis y a estudiar la Biblia. A mí me bautizaron en la iglesia metodista. Ponían una flor en una taza con agua y te daban un golpecito con ella en la cabeza, a diferencia de los baptistas, que prácticamente te ahogaban. Muchas de las cosas que enseñaba la Iglesia metodista eran muy confusas: hablaban de la Resurrección, pero también te decían que cuando morías ibas al cielo, lo cual era un poco contradictorio. No nos importaba ir a misa, porque muchas veces organizaban picnics después del servicio del domingo y bajábamos a la playa a comer pollo frito, ensalada campera y huevos a la diablo. Y también me gustaba por otro motivo: allí veía a todos los chicos en bañador.

Unos años después mi madre se convirtió a lo que entonces se llamaba la Iglesia de Dios Radial, que ahora es la Iglesia de Dios Universal⁵: una iglesia protestante extremista y fundamentalista, fundada por Herbert W. Armstrong en los años cincuenta. Son los que publican la revista *Plain Truth*⁶. Les encantan las profecías y el Armagedón; es una de esas iglesias del «fin de los tiempos». Para entonces mi madre había tenido dos hijos más, doce años después de que yo naciera.

5 Después pasó a llamarse Comunión de Gracia Internacional, su nombre actual.

6 «La pura verdad». Se publicó entre 1934 y 1986.

Fue por accidente. Una noche mi padre llegó borracho a casa y se acostó con ella, y se quedó embarazada. Por supuesto, el aborto era algo que ni siquiera se mencionaba. Ni pensarlo. Si te quedabas embarazada, tenías un bebé. Así nació mi hermana Rachel. Y poco después volvió a pasar lo mismo y se quedó embarazada de mi hermano Benjamin. Cuando nació Benjamin mi madre decidió que ya no podía tener más hijos, así que se hizo una ligadura de trompas. El parto de Benjamin fue por cesárea, y los médicos dijeron a mi madre que no era aconsejable que tuviera otro bebé. Esto le provocó una depresión terrible y una gran crisis, y se puso a buscar una religión que la ayudara. Probó con los Testigos de Jehová y con la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y estaba todo el día rezando para encontrar el buen camino.

Un día puso la radio y oyó al señor Armstrong predicando. Lo interpretó como un mensaje de Dios y se convenció de que la Iglesia de Dios era la religión auténtica, y ahí fue cuando empezaron los problemas en mi familia. Ya no quería que mi hermano y yo fuéramos a la Iglesia metodista. No paraba de sermonearnos sobre los católicos, sobre el inminente fin de los tiempos y sobre la nueva llegada de Jesús. En Dallas todo el mundo iba a misa los domingos, pero la Iglesia de Dios afirma que el domingo es el Día del Sol y que había que conservar el Sabbath original de los sábados. Según ellos, los católicos habían pasado el Sabbath al domingo para diferenciarse de los judíos. Mamá no quería que celebráramos el Día del Sol porque estaba relacionado con los católicos, y además era una festividad pagana. En casa no podíamos poner huevos de Pascua ni árboles de Navidad, porque enseguida empezaba a decirnos que eran símbolos de fertilidad babilónicos.

Yo reaccionaba contra mi educación religiosa construyendo altares a los dioses paganos en el bosque: uno para Júpiter, otro para Isis, etcétera. Me ponía un vestido viejo de la abuelita Calah, pasaba un brazo por la cremallera lateral

y me echaba parte del vestido por encima del hombro, y lo llevaba como si fuera una toga. Mis altares consistían en pilas de rocas cubiertas de musgo y corteza de árbol. Envolvía figurillas de gatos en papel de plata, las colocaba en el altar y las adoraba. Era mi mundo de fantasía, y con él me evadía de las broncas continuas que había en casa. A veces encontraba un pájaro muerto en el bosque o me llevaba algún animalito muerto que hubieran arrastrado nuestros perros hasta el patio, y lo momificaba. Lo envolvía en gasa, vertía cera de velas por encima y lo enterraba bajo el altar.

Mis padres empezaron a discutir a diario por temas religiosos. Los de la Iglesia metodista vinieron a casa e intentaron convertir de nuevo a mi madre, pero no les hizo ni caso. Papá se puso a beber y a jugar, y se lió con una mujer mucho más joven que él. Se llamaba Hazel, tenía unos dieciocho años y había dejado el colegio para trabajar de peluquera. Mi tía Vivien, la hermana de papá, descubrió que Hazel y él se citaban en un área de descanso. Así que vino con mis primas Pearl y Millie, fuimos todos en coche al área de descanso, y allí estaba el coche de papá. Aparcamos a cierta distancia para que no se nos viera, y nos quedamos esperando. Y en efecto, al cabo de un rato vimos aparecer a papá y a Hazel la peluquera, borrachos y riéndose a carcajadas; se metieron en el coche de papá y enseguida empezaron a enrollarse. Ahí fue cuando mi madre perdió los nervios y se puso a chillar. Saltó del coche, fue corriendo al de papá y se metió dentro. Agarró del pelo a Hazel y empezó a pegarle, y yo me uní a ella. Mi padre se quedó ahí quieto flipando mientras nosotros seguíamos dando golpes a Hazel. Todo el mundo salió del café para ver qué pasaba, y algunos intentaron ayudar a Hazel, pero los demás no les dejaron. «No os metáis», decían, «es un asunto de familia».

Cuando volvimos a casa hubo otra bronca tremenda, y papá dijo: «¡Voy a dejarte, te has vuelto una religiosa fanática!».

Mamá decía: «¡No vas a dejarme! ¡No vas a dejarme!». Finalmente mi tía Vivien y sus hijas fueron al remolque en el que vivía Hazel —era un putón de caravana— y se pusieron a sacudirlo con Hazel y su hijo dentro pegando gritos mientras Vivien chillaba: «¡Esto es lo que te va a pasar como no te alejes de mi hermano, puta!». Las cosas se pusieron tan feas que mi padre comprendió que tarde o temprano alguien iba a ser asesinado. Así que dejó de verse con Hazel la peluquera.

Así es como se arreglan los problemas familiares en el sur. Allí es muy fácil conseguir armas de fuego; la tía Vivien amenazó con matar a Hazel, y lo habría hecho. No mucho después le voló los sesos de un disparo a su segundo marido. El tío Chester se había enterado de que Vivien tenía un lío con un hombre negro —los negros eran su debilidad—, y la dejó. Cuando intentó volver a casa ella no le dejó entrar, así que el tío Chester cogió un hacha y empezó a hacer pedazos la puerta. Y cuando por fin la atravesó, la tía Vivien cogió un arma de fuego y le pegó un tiro en la cabeza. Lo mató al instante. Vivien alegó que Chester había intentado acosar a su hija Pearl, y con eso lo arregló todo. Tuvo que pasar por un juicio y fue acusada de asesinato, pero quedó libre. En Georgia bastaba con pronunciar la palabra «perversión» para salirte con la tuya.

La tía Vivien es todo un personaje. Ahora ya no camina, está medio paralítica porque tuvo una pelea en casa de una amiga suya; el hijo de la familia estaba borracho y empezó a discutir con la tía Vivien sobre qué programa ver en la tele. Él se fue a la parte de atrás, volvió con una escopeta y dijo: «Me niego a que una maldita mujer me diga lo que tengo que hacer», y le pegó un tiro en la pierna. Así es como arreglan allí las cosas: cogen una escopeta y van a por ti. Entenderéis que quisiera largarme desde muy joven. Es como el salvaje Oeste.

En Dallas todos los niños íbamos los sábados al cine. Lo llamábamos «el cinematógrafo». De pequeño me chiflaban las

pelis de terror. Vi *Drácula*, *Frankenstein*, *King Kong* y todas las películas de la Momia. Esas eran mis favoritas: *La mano de la Momia*, *La tumba de la Momia*, *La maldición de la Momia*, *La oreja de la Momia*, *La polla de la Momia*... Había miles de ellas, o eso parecía, y creo que las vi todas. Me obsesioné tanto con las momias que empecé a disfrazarme de momia y a dar vueltas por el barrio acojonando a los niños pequeños. Cogía camisas de mi padre y me las ataba al cuerpo, me embadurnaba la cara con aceite vegetal Crisco y kétchup, y además tenía perfectamente pillada la forma de andar de la Momia, arrastrando una pierna por detrás. Me acercaba por la espalda a los niños que jugaban en la calle, y ellos se ponían a gritar como locos y salían corriendo. También solía hacer el número del monstruo de Frankenstein, gimiendo y soltando quejidos. Y el de Drácula: «¡Ven a mí! ¡Ven! ¡Ven!». Las pelis de terror me transportaban. En el punto culminante de mi obsesión, a los doce o trece años, los padres de mis compañeros les tenían prohibido jugar conmigo.

En el colegio no tuve muchos problemas. Cuestión de suerte. Cuando llegué a secundaria, con catorce o quince años, la gente empezó a hacerse una idea de mi forma de ser, pero nunca recibí una paliza ni nada parecido. Había chicos que se ponían un poco pesados conmigo, por así decirlo; a veces me quitaban los libros y se los lanzaban unos a otros, pero tampoco pasaba muy a menudo. Algunos de los jugadores de fútbol más machotes se burlaban de mí y me decían: «¡Ven aquí, nena!», mientras se manoseaban el paquete. Yo no hacía mucho caso. Pero se me veía el plumero. Iba siempre con los libros pegados al pecho, mientras que los demás chicos iban pegando saltos con los libros colgando a un lado. A veces en la cola del comedor notaba que alguien se me restregaba contra el culo, y siempre era alguno de los más machotes.

No era el único niño mariquita del colegio. Estaban también Larry Bowen y Jerry Graham, y al lado de ellos yo

parecía Rambo. Lo suyo era tan exagerado que nadie se fijaba demasiado en mí; eran ellos los que se llevaban casi todos los palos. Jerry tenía sobrepeso, y cuando iba con camiseta se le marcaban las tetitas. Los chicos decían: «Qué asco, Jerry Graham tiene tetas, como una mujer. Seguro que nos dejaría metérsela por el culo. Sí, seguro que le gusta. A mí no me importaría, le daría un buen revolcón». Los chicos siempre estaban hablando de revolcones, y supongo que había bastante actividad de ese tipo, pero a mí me daba miedo.

Durante el tiempo que estuve en el instituto, la única persona con la que hice algo parecido a eso fue Paul Houston. Fue mi primera experiencia sexual; yo tenía doce años y él once. A veces me invitaba a ir a su casa y subíamos a su cuarto. Se tumbaba en el suelo con la mitad del cuerpo debajo de la cama, se bajaba los pantalones y me decía: «¡Ahora puedes hacer conmigo todo lo que te apetezca!». Una vez intentó que se la chupara, pero no lo hice. Como se lo hubiera contado a alguien, me habría convertido en el mariquita del cole. Creo que casi todos los chicos tonteaban entre ellos; tenían un juego que se llamaba Galletitas con Crema en el que ponían una galleta en el suelo, se ponían en círculo y se hacían pajas, y el último en correrse tenía que comerse la galletita, aunque dudo que llegaran a tanto. Eso era normal, pero chupar pollas no. Era demasiado obvio. Yo fui lo bastante lista para saber que donde tengas la olla, no metas la polla. Aunque Paul solía llevarme los libros cuando no estábamos demasiado cerca del colegio.

Una tarde estaba en el cine yo sola cuando entró Murray, una de las estrellas del equipo de fútbol, y se sentó a mi lado. Era el chico más machote del cole y tenía novias a patadas. «Qué raro», pensé. «¿Por qué se sienta junto a mí el chico más popular del cole?» De pronto sentí su mano en la pierna. Se me puso el corazón en la garganta. Me empezó a acariciar la pierna; yo estaba tan aterrada que me quedé ahí sentada

como si no notara nada. Dejó su mano ahí encima y al cabo de un rato se levantó de un salto y se marchó. Él esperaba que yo respondiera, pero me dije a mí misma: «Como responda, irá donde todos los chicos y les dirá “a que no sabéis lo que ha hecho Wayne”, porque nadie se va a creer que ha empezado él». Podría haberme causado muchos problemas, así que no hice nada. ¿Y si fuera un truco para ponerme a prueba y pillarme?

Poco después tuve una especie de novio. Se llamaba Dale; vivía en nuestra calle, tenía dos años más que yo y jugaba al fútbol. Dale había construido una gran casa en un árbol del bosque, y subíamos a ella y jugábamos a Tarzán y Jane, con lo cual él fue la primera persona que me llamó Jane. Cuando estábamos en la casa del árbol yo me tumbaba y él se me ponía encima. Su padre tenía un cobertizo, y también solíamos ir allí. Estaba lleno de sacos de pienso para las vacas, y cuando me tumbaba encima de un saco él decía: «Joder, cuando estoy contigo se me pone dura, es como si fueras una mujer». Yo estaba obsesionada con él, totalmente enamorada. Construimos otra casita en el bosque con ramas de árboles, como un iglú, y nos metíamos ahí dentro y nos tumbábamos juntos. Con el tiempo le empezaron a gustar las chicas, y noté que cada vez estaba más raro conmigo; cuando empezamos a ir al instituto ya no quiso saber nada de mí.

Tenía un truco para captar la atención de Dale. A un lado de mi casa había un garaje abierto con una pared de ladrillo al lado, y yo me disfrazaba de Cleopatra y me recostaba en una tumbona. Tenía un jersey negro con mangas rojas y una raya roja alrededor del cuello que era mi favorito, y me lo ponía en la cabeza con las mangas colgando por los lados; quedaba muy egipcio. Las pelucas estaban fuera de mi alcance, así que usaba jerseys. Dicen que la necesidad es la madre de la creatividad. Me enrollaba una sábana alrededor del cuerpo como si fuera un vestido de cuello halter, me tiraba en la tumbona con

una vara en la mano y hacía como si estuviera dirigiendo a los ejércitos egipcios y romanos. Y tenía una pequeña serpiente de plástico con la que me mordía en la piel. Dale andaba por ahí arreglando el coche o haciendo las típicas cosas de hetero, y yo gritaba desde mi trono, vestida de Cleopatra: «¡Oh, Marco Antonio, di que me amas! ¡Ya oigo llegar a los soldados!». Dale, al oírme, me saludaba y yo le devolvía el saludo; enseguida se acercaba a mí. Nos poníamos a hablar y entonces me decía: «Vamos a la casa del árbol». Así que me vestía de mujer para atraer a ese chico tan machote, y fue ahí cuando empecé a darme cuenta de que podía conseguir hombres de esa manera.

Dale me ayudó incluso a montar mis primeros espectáculos. Detrás del cobertizo construimos un teatrillo con planchas de hojalata; le pintamos ventanas, y allí montábamos representaciones. Yo hacía de vampiro y Bertha, la hermana de Dale, se tumbaba en el suelo y yo le chupaba la sangre. Poníamos sillas y los vecinos venían a vernos. Nos encantaba montar esos números; solíamos ver *La pandilla* en la tele, y los Pequeños Traviesos, Spanky y Alfalfa siempre estaban montando algún espectáculo. De ahí saqué la idea de montar nuestros propios números de terror. Me llevé un disgusto muy gordo cuando el padre de Dale tiró abajo nuestro pequeño teatro.

Con dieciséis años ya empecé a salir montada, aunque solo fuera para dar una vuelta por la calle. Tenía el look de geisha, el look de Cleopatra y el look de reina de Babilonia. En el colegio me encantaba la Historia Antigua, y siempre estaba mirando libros en la biblioteca para vestirme luego en casa de reina egipcia o babilonia. Una vez intenté vestirme como uno de los niños a los que arrojan al horno ardiente en la Biblia; no recuerdo cuál de ellos era, si Ananías, Misael o Azarías. Los metieron en el horno por negarse a adorar a los falsos dioses del rey Nabucodonosor. Yo iba por ahí envuelta en cortinas y con una vara en la mano, gritando: «¡Oh, rey de Babilonia,

no te postrarás ante falsos dioses!». Los conductores bajaban la ventanilla del coche y se me quedaban mirando. Hubo un momento en que mi madre estuvo a punto de comprarme una peluca; trabajaba en los grandes almacenes Davison de Atlanta, y yo siempre le suplicaba que me comprara una, pero en esa época no era fácil conseguirlas. Hasta finales de los sesenta fue muy complicado encontrar buenas pelucas y extensiones.

Siendo adolescente, leí artículos en el *Atlanta Journal* sobre lo horrible que era que en Atlanta hubiera homosexuales que se vestían de mujer. Empecé a entender que la sociedad no lo veía con muy buenos ojos, pero nunca me planteé cambiar. Siempre tuve un sentido muy, muy fuerte de mi identidad. Y cuando empecé a afeitarme me afectó mucho psicológicamente. Estaba tan avergonzada que ni siquiera era capaz de decírselo a mis padres; solía esconder las cosas que usaba para afeitarme. Me quité todo el pelo del cuerpo en cuanto me empezó a salir, e incluso me afeité las cejas cuando estaba en el instituto, más o menos a los quince años. Mi madre volvió a casa y, cuando me vio, se puso a chillar. Al día siguiente tenía que ir al colegio, y todos me decían: «Estás distinto... ¡Espera! ¿Qué te ha pasado en las cejas?». Me inventé una historia de que me había salido un sarpullido y el médico me había dicho que me afeitara las cejas. También empecé a usar maquillaje. Me daba Cover Girl por toda la cara y me lo esparcía bien. Algunos me veían y decían: «¿Te has maquillado?», y yo decía: «No, es Clearasil, es que tengo mal la piel». Pero lo único que pasaba es que quería llevar maquillaje.

Después de vivir en la casa de ladrillo durante unos cuatro o cinco años, tuvimos que mudarnos porque mi padre perdió la casa en una apuesta. Tenía ciertos problemas con el juego y un día se jugó la casa. Así que nos mudamos del Dallas rural a Marietta, un lugar un poco más grande y mucho más cerca de Atlanta, con un buen servicio de autobuses a la ciudad.

En cuanto nos mudamos a Marietta empecé a dejarme el pelo más largo y a maquillarme y ponerme cinta adhesiva en la frente para que mis ojos apuntaran hacia arriba, y por las noches me escapaba de casa para dar vueltas por la ciudad. No sé cómo no me pasó nada. Solía llevar una bolsa de la compra como si viniera de algún sitio, y los tíos me miraban de arriba abajo y yo les miraba a ellos, y algunos se ofrecían a llevarme en coche. Se creían que estaban hablando con una chica.

Una de las cosas que me daba el valor y el ímpetu para hacer este tipo de cosas era la música. Me había hecho muy fan de los grupos británicos, que era algo que se consideraba un poco extravagante, un poco raro. La música sacaba a relucir mi lado más atrevido; hay que tener en cuenta que en el sur se veía a los Beatles como algo muy, muy extremo. La primera vez que los pusieron en la radio norteamericana en 1962, la reacción general fue en plan: «Oh, mira a este grupito inglés de rock and roll, ja ja ja, ¿pero qué se han creído?». Pero a mí me parecía que sonaban realmente bien y eran mucho mejores que Frankie Avalon, Bobby Rydell y Chubby Checker. Dos años después, los Beatles arrasaban. Hubo un momento en que llegaron a tener seis canciones en el Top 10, y eran mis ídolos absolutos. Tenía que comprarme todos los discos que sacaban, incluso aunque no me gustaran demasiado. Como «She's a Woman», que me parecía horrorosa, pero aun así la compré.

Los que escuchábamos a los grupos británicos formábamos un grupo aparte que no tenía nada que ver con los fans de Elvis. Éramos como una pequeña secta e íbamos por ahí diciendo: «¡Elvis ha muerto, vivan los Beatles!». Un día estaba en el pasillo del instituto con la pierna estirada en un ángulo un poco raro, y alguien se acercó y me dijo: «Wayne, ¿por qué pones la pierna así?». «Porque así es como la pone John Lennon en la contraportada de *Meet the Beatles*», respondí.

Y fui a verlos cuando tocaron en el Atlanta Football Stadium. Eran cuatro puntitos lejanos en un escenario diminuto, con amplis diminutos, y apenas se les oía porque todo el mundo estaba chillando a pleno pulmón, yo incluida. Fui sola y estuve allí sentada sujetando bien fuerte el folleto que te daban al entrar y volviéndome loca. Fue fabuloso. Al salir fui a coger el autobús y vi a un quinceañero negro con su folleto de los Beatles en las manos, y él vio el mío y nos pusimos a hablar. Tuvimos una conversación muy agradable y nos entendimos muy bien, pero al montar en el autobús tuvimos que sentarnos en asientos distintos. En Atlanta seguía habiendo una división muy fuerte; fue una sensación muy rara. Pero por un segundo los Beatles habían conseguido que ese chaval negro y yo conectáramos.

Ahorré dinero y me compré un tocadiscos en los grandes almacenes Richie's, y empecé a hacerme con una colección de discos. Pedía discos a un catálogo de venta por correo de Derbyshire, en Inglaterra, que se anunciaba en la última página de revistas inglesas como *Rave* y *Fab* que compraba en el drugstore de Marietta. Les encargaba discos y durante años fui una de sus clientes habituales. Me hice fan de los Rolling Stones, los Animals, los Dave Clark Five... cualquier cosa que viniera de Inglaterra. Había grupos fabulosos que eran muy poco conocidos, como los Poets, que vinieron a Norteamérica y actuaron en *Shindig!*⁷ en 1965; llevan melena hasta los hombros, camisetas de encaje y pantalones de terciopelo, y tocaron su single «We're Through», que era fantástico.

Iba a todos los conciertos que podía; vi a los Rolling, Peter and Gordon, Chad and Jeremy, los Animals, Herman's Hermits y a muchos grupos norteamericanos, como Paul Revere and the Raiders, Sonny and Cher, los Lovin' Spoonful, Bob Dylan antes de pasarse al rollo eléctrico, las Shangri-Las,

⁷ Programa de variedades de la cadena de televisión ABC. Se emitió entre 1964 y 1966.

Sir Douglas Quintet, los Byrds, Bo Diddley, los Turtles, Mamas and the Papas, Tom Jones, las Shirelles... Ser fan de la Invasión Británica⁸ no era solo una cuestión musical. Tenía que ver con cómo te vestías y con tu actitud en general. Hizo que muchos chavales se dieran cuenta de que no tenían por qué hacer lo mismo que los demás, que podían ser diferentes. En el sur era especialmente fuerte llevar el pelo largo. Ser fan de los Beatles era como una declaración de intenciones; básicamente, estabas diciendo a los mayores que se fueran a la mierda. En las tiendas a veces se negaban a atenderme porque les parecía que llevaba el pelo demasiado largo.

Un locutor de la emisora WPLO de Atlanta dijo: «Tengo en las manos un disco que me repugna. Parecen viejos. Son las personas más feas que he visto en mi vida. Se llaman The Rolling Stones. No quiero poner este disco, pero me han dicho que tengo que hacerlo. ¡Que no se os ocurra comprarlo!». Puso «Not Fade Away», y entró directa al Top 10. En WPLO odiaban todo lo que fuera británico, con excepción de Dusty Springfield. Pero en Atlanta había otra emisora, WQXI, que era pro Beatles total, y tenían un locutor llamado Paul Drew que era «el Beatle de Atlanta». Usaba todas las palabras del momento, decía cosas como «son fantabulosos, son superguay, molan cantidad», y yo las adoptaba al momento. Entre aquellas dos emisoras había una especie de guerra. Yo solía escribir cartas llenas de insultos a WPLO diciendo que odiaba a Elvis. Si eras fan del rollo británico, en teoría tenías que odiar todo lo que fuera norteamericano. La verdad es que a mí me encantaban los Beach Boys y Motown y muchísimas cosas norteamericanas, pero las emisoras hacían todo lo posible por avivar esta rivalidad, aunque en el fondo era todo una broma.

8 Término utilizado para describir el éxito de varios grupos de rock ingleses en Estados Unidos a mediados de los años sesenta, siguiendo los pasos de los Beatles.

Por fin me gradué en el instituto en 1964 a los diecisiete años, y causé una pequeña sensación en la ceremonia de graduación al desfilas por el salón de actos con mi flequillo Beatle y mi lápiz de labios color magnolia de Mary Quant. En cuanto pude conseguí un trabajo en Atlanta, en la American Optical Company. Todas las mañanas cogía el autobús de línea de Marietta a Atlanta, y cuando salía de trabajar me ponía a dar vueltas por las calles de Atlanta, en busca de algo. Y fue entonces cuando contacté por primera vez con otras maricas. El día que vi por la calle a aquellas dos criaturas con el pelo largo, maquilladas y pegando gritos, supe que había encontrado lo que buscaba.